

9ª PLÁTICA: MANERAS DE ORACIÓN EN LOS EJERCICIOS

Cuaresma 2021 – (DÍA 27)

Meditaciones de San Alfonso María de Ligorio

Material extra (optativo)

†

LA ORACIÓN MENTAL¹

El tercer medio para alcanzar la santidad es la oración mental. «Quien no meditare las verdades eternas –dice Gersón–, por maravilla podrá vivir vida cristiana.» Y la razón es porque a quien no medita fáltale la luz y tiene que caminar a tientas. Las verdades de la fe no se ven con los ojos corporales, sino con los del alma, y precisamente en la meditación. Quien no las medita no las ve, y por eso camina a tientas y, envuelto así en tinieblas, fácilmente se aficionará a las cosas de aquí abajo, con desprecio de las eternas. Santa Teresa escribía al obispo de Osma: «Aunque a nuestro parecer no haya imperfecciones en nosotros, cuando Dios abre los ojos del alma, como en la oración lo suele hacer, parécense bien estas imperfecciones.» Y antes escribió San Bernardo que quien no medita no se aborrece, porque no se conoce. La oración, prosigue el Santo, gobierna los afectos de nuestro corazón y encamina hacia Dios nuestras obras; pero, sin meditación, inclínanse hacia tierra nuestros afectos, tras ellos van las obras, y todo anda en desorden. Terrible es el caso que se refiere en la vida de la Beata Sor María del Crucificado, siciliana. Estando la sierva de Dios en oración, oyó a un demonio que alardeaba de haber hecho abandonar a cierta religiosa la meditación de regla, y vio en espíritu que, después de esta falta, la tentaba el demonio a cometer una falta grave, y que la religiosa estaba a punto de sucumbir. Voló ella a su socorro, la amonestó y sacóla del peligro. Santa Teresa decía que el alma que abandona la oración no tardará en convertirse en bestia o en demonio.

Renunciar, por consiguiente, a la meditación es renunciar al amor de Jesucristo. La oración es la feliz hoguera en que se enciende y conserva el fuego del santo amor: «En mi meditación se encendió un fuego.» Santa Catalina de Bolonia escribía: «Quien no frecuenta la oración, se priva del lazo que une al alma con Dios, por lo que no será difícil que el demonio, hallando al alma fría en el amor divino, la arrastra a cebarse en cualquier emponzoñada manzana.» Por el contrario, decía Santa Teresa: «Si en ella persevera (en la oración), por pecados, y tentaciones, y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto que la saca el Señor a puerto de salvación, como, a lo que ahora parece, me ha sacado a mí.» Y en otro pasaje afirma: «El que no deja de andar e ir adelante, aunque tarde, llega. No parece es otra cosa perder el camino sino dejar la oración.» E insiste otra vez: «¡Y qué bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano! Sabe el traidor que el alma que tenga con

¹ ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Prácticas de amor a Jesucristo*, Cap. 8.

perseverancia oración, la tiene perdida, y que todas las caídas que le hace dar la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello.» ¡Cuántos bienes se recolectan en la oración! En ella se conciben santos pensamientos, se encienden afectos devotos, se fortalecen grandes deseos y se forman propósitos inquebrantables de entregarse del todo a Dios; en ella el alma santifica a Dios todos los afectos terrenos y todos los apetitos desordenados. Afirmaba San Luis Gonzaga que «no habrá mucha perfección donde no hubiera mucha oración.» Que no echen en olvido este dicho del Santo los que desean la perfección.

No se ha de ir a la oración para experimentar las dulzuras del amor divino; quien este fin se propusiese perdería el tiempo y sacaría escasa ventaja. El alma ha de darse a la oración solamente para agradecer a Dios, es decir, sólo para conocer cuál sea su voluntad y pedirle la necesaria ayuda para cumplirla. El Venerable P. D. Antonio Torres decía: «Llevar la cruz sin consuelo hace volar al alma por el camino de la perfección.» La oración desprovista de consuelos sensibles es la más provechosa para el alma. Santa Teresa decía que el alma que abandona la oración no necesita de demonio que la lleve al infierno, pues por sí misma se encamina a él.

De este ejercicio de la oración procede que el alma piense siempre en Dios. «El verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del amado. Recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese tener oración», decía Santa Teresa. Y de aquí procede también que las personas de oración hablen siempre de Dios, sabiendo como saben cuánto le agrada que los amadores se deleiten en hablar de Él y del amor que les profesa, procurando de este modo inflamar a los demás en el amor divino. Escribe la misma Santa: «Quiso que viese claro que a semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que así se deleiten en hablar de Él.»

De la oración también nace el deseo de retirarse a lugares solitarios para tratar a solas con Dios y conservar el recogimiento interior aun tratando negocios exteriores necesarios. Digo necesarios, o por razón del gobierno de la familia o de los ministerios que la obediencia impone; porque las personas dadas a oración deben amar la soledad y no derramarse en cosas vanas e inútiles; de no hacerlo así, perderán el espíritu de recogimiento, que es excelente medio para tener al alma unida a Dios. Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa. El alma esposa de Jesucristo ha de ser huerto cerrado a toda criatura y no ha de alimentar en su corazón más pensamientos ni más negocios que de Dios y para Dios. Los corazones disipados no pueden santificarse. Los santos que tuvieron por ministerio ganar almas para Dios, aunque predicaban, confesaban, componían enemistades y asistían a enfermos, no perdían el recogimiento. Lo mismo acontece con los que andan metidos entre libros. ¡Cuántos hay que, estudiando para hacerse sabios, no salen ni sabios ni santos, porque la verdadera ciencia es la ciencia de los santos, que consiste en saber amar a Jesucristo, y el amor divino trae consigo la ciencia y todos los demás bienes!

Necesaria es la ciencia, y especialmente al sacerdote, porque debe enseñar a los demás la ley divina: Pues los labios del sacerdote deben guardar la ciencia, y la doctrina han de buscar de su boca; sea sabio, sí, pero dentro de la moderación. Quien por el estudio abandona la oración, da pruebas de que no busca a Dios, sino a sí

mismo. Quien busca a Dios, antes que dejar la oración dejará el estudio, cuando no sea tan necesario que obligue a dejar la oración.

Otro mal gravísimo que nace de aquí es que sin meditación no se ora. De la necesidad de la oración ya traté en muchas de mis obras espirituales, y en especial en un libro titulado *Del gran medio de la oración*, por lo que me limitaré a decir en este capítulo algunas palabras sobre el particular. Baste solamente señalar aquí lo que el venerable obispo de Osma Mons. Pala-fox dejó escrito: «¿Cómo ha de durar la caridad si no da Dios la perseverancia? ¿Cómo la dará Dios si no la pedimos? ¿Cómo la pediremos si no hay oración?... Sin la oración ni hay comunicación de Dios para conservar las virtudes adquiridas, ni para adquirir las perdidas.» Y en verdad que es así, pues el que no medita no advierte las necesidades de su alma, desconoce los riesgos que corre su salvación, ignora los medios que debe emplear para vencer las tentaciones, y, no entendiendo la necesidad que tiene de orar, dejará la oración y ciertamente se perderá.

En cuanto a la materia de las meditaciones, no hay cosa más útil que la meditación de los novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria; principalmente se ha de meditar en la muerte, imaginándose hallarse moribundo en el lecho, abrazado al crucifijo y presto ya a entrar en la eternidad. Mas para el verdadero amante de Jesucristo, que desea ir siempre adelantado en su santo amor, no hay pensamiento más eficaz que el de la pasión del Redentor. Decía San Francisco de Sales que el monte Calvario es el monte de los amantes. Todos los amadores de Jesucristo suben a este monte, donde no se respiran más brisas que las del divino amor. En presencia de un Dios que muere por nuestro amor, y que muere porque nos ama —Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros—, imposible parece no arder en las llamas de su amor. De las llagas del Crucifijo brotan siempre saetas de amor que hieren los corazones, aunque sean más duros que la piedra. ¡Dichosa el alma que en la cumbre del Calvario tiene fija su morada! ¡Feliz montaña, amable montaña! Querido monte, ¿quién podrá alejarse de ti? Monte eres que despides llamas que consumen a las almas que moran de continuo en ti.

El quinto y más necesario medio para conservar la vida espiritual y conseguir el amor de Jesucristo es la oración. Digo, en primer lugar, que Dios, al poner en nuestras manos este medio, nos da a conocer el grande amor que nos profesa. ¿Qué mayor prueba de amor puede testimoniar un amigo a otro que decirle: «Pídeme, amigo mío, cuanto desees, ¿que yo te lo otorgaré?»

Pues esto es lo que nos dice el Señor: Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis. Por donde se ve que la oración se llama omnipotente ante Dios para alcanzar toda suerte de bienes. «La oración, a pesar de ser una —dice Teodoreto—, lo puede todo.» El que reza, obtiene de Dios cuanto quiere. Hermosas son las palabras de David: Bendito sea Dios, que no apartó mi súplica, ni su misericordia alzó de mí. Glosando San Agustín este pasaje, dice: «Si de tu parte no falta la oración, ten por cierto que tampoco faltará la misericordia divina.» Y San Jerónimo añade: «Siempre se alcanza algo, hasta el momento de pedir.» Cuando oramos al Señor, antes de terminar la oración ya Él nos tiene concedido lo que le pedimos; por tanto, si somos pobres, no nos quejemos de

nosotros mismos, porque lo somos porque nos empeñamos en ello, y de ahí que no merezcamos compasión. ¿Qué compasión puede merecer un mendigo que, teniendo un señor sobrado rico, que desea otorgarle cuanto le pida, nada le pide, prefiriendo quedar en su pobreza antes de pedir al señor lo que le es tan necesario? Pues bien, dice el Apóstol: Es el Señor de todos, espléndido para con todos los que le invocan.

La oración del humilde lo alcanza todo de Dios, pero no olvidemos que no sólo es útil, sino también necesaria para salvarnos. Cierto que sin el favor divino es imposible triunfar de las tentaciones del enemigo; a las veces, y en asaltos más duros, pudiera bastar-nos la gracia suficiente que Dios nos concede; más por nuestras perversas inclinaciones no nos bastará y tendremos necesidad de una gracia especial, que no la alcanza quien no la pide, viniendo así a perderse por no rezar. Y hablando singularmente de la gracia de la perseverancia final, o sea, de la gracia de morir en la amistad de Dios, gracia absolutamente necesaria para salvarnos, y sin la cual estaremos perdidos para siempre, dice San Agustín que «Dios no la concede sino a quienes se la piden.» Por esto son tan contados los que se salvan, porque contados son también quienes se cuidan de pedir a Dios esta gracia de la perseverancia.

En suma, los Santos Padres están acordes en afirmar que la oración es necesaria, no sólo de necesidad de precepto –de suerte que, según los doctores, incurre en pecado mortal el que en el plazo del mes no encomienda a Dios su eterna salvación–, sino también es necesaria de necesidad de medio; es decir, que sin oración es imposible salvarse. La razón es harto sencilla: porque sin el auxilio de la divina gracia es imposible alcanzar la salvación, y este auxilio Dios solamente lo concede al que se lo pide; y como las tentaciones y peligros de caer en desgracia de Dios son continuos, continua ha de ser también nuestra oración. Por eso escribió Santo Tomás que, si quiere el hombre entrar en el cielo, ha de ser por medio de la continua oración. Y ya antes lo había dicho Jesucristo: Es menester siempre orar y no desfallece, y después el Apóstol: Orad sin cesar, porque en el punto mismo que dejemos de encomendarnos a Dios, el demonio nos vencerá. La gracia de la perseverancia es cierto que no la podemos merecer, como enseña el Concilio de Trento, y, con todo, la podemos merecer en cierto sentido, como dice San Agustín, si insistimos en la oración. El Señor nos quiere dispensar sus gracias, pero quiere que se las pidamos, y hasta, como dice San Gregorio, quiere ser importunado y como forzado por nuestros ruegos. Santa María Magdalena de Pazzi decía que cuando pedimos mercedes a Dios, no sólo nos escucha, sino que, en cierta manera, nos lo agradece. Y, en efecto, siendo Dios bondad infinita, que suspira por comunicarse, tiene, por decirlo así, infinito deseo de comunicarse a los demás, pero que quiere que le pidamos esos bienes, y cuando se ve importunado por un alma, es tanto el gozo que recibe, que en cierto modo le queda obligado.

Si queremos, pues, perseverar hasta la muerte en la gracia de Dios, es menester que hagamos el oficio de mendigos y andemos siempre tras el Señor con los labios desplegados para pedirle su auxilio y no cesemos de repetir: Jesús mío, misericordia; no permitáis que tenga la desgracia de separarme de vos; Señor mío, asistidme; Dios mío, ayudadme. Esta es la continua oración que practicaban los Padres antiguos del desierto: Pléguete, ¡oh Dios!, libradme; Señor, a socorrerme te apresura. Ayudadme,

Señor, y hacedlo presto, porque, si os retardáis, sucumbiría y me perdería. Así nos debemos portar, especialmente en tiempo de tentaciones; no obrar así equivale a estar ya perdido. Tengamos gran confianza en la oración, pues Dios prometió escuchar a quien le ruega: Pedid, y recibiréis. «¿A qué dudar – exclama San Agustín –, si Dios, empeñando su palabra, se hizo nuestro deudor y no puede dejar de otorgarnos las gracias que le pidiéremos?» Cuando encomendamos a Dios nuestras necesidades, es menester que tengamos confianza cierta de ser escuchados y de alcanzar cuanto pedimos. Es palabra de Jesucristo: Todo cuanto rogáis y pedís, creed que lo habéis recibido, y lo alcanzaréis.

Pero yo soy pecador –dirá alguien– y no merezco ser escuchado; a lo cual responde Jesucristo: Todo el que pide, recibe; todo, sea justo o pecador.